

EL HABITANTE

ANDRES apuraba su primera taza de café mientras leía los periódicos. Después se sucederían llamadas y solicitudes apresuradas, pero el dormitorio del día, esas primeras horas, le pertenecía; estaba dispuesto a defenderlo. Situado cerca de la ventana, alternaba la lectura con la vista de un cielo demasiado azul, que le gustaba encontrar. Tras plegar el último diario y dejarlo sobre la mesa, se sentó frente a la máquina de escribir. Apenas había pulsado las primeras letras, le interrumpieron. A partir de ese instante, preguntas, consultas, y ruegos, ocuparon las horas de la mañana. Eran las tres de la tarde cuando Andrés abrió la puerta de su domicilio. Ya en el interior de la casa, recobraba la expresión tranquila de las primeras horas. Al cambiarse de jersey, vio su imagen reflejada en el espejo del dormitorio. Sorprendido, ante la aparición, apartó la mirada, y recordó, con gratitud, los cristales de los escaparates, que recogían al transeunte en su paso de desfile, con "flash" de urgencia, sin señalarle. En ellos sí le gustaba encontrarse reflejado, y percibir atisbos de juventud.

La habitación donde pasaba las horas, ofrecía el grato desorden, que invita al descanso. Andrés recuperó con ganas su rincón. Había renunciado a la comida del restaurante, por no demorar la llegada a su casa. Conseguida la quietud, cualquier refrigerio sería suficiente, sin atenerse a la previsión de horarios. Con frecuencia, sentía necesidad de romper normas, descubrir o inventar, fuera de rutinas. En el cuarto, la presencia del hombre aparecía en la silla que presidía la mesa, en los libros colocados sin demasiada sime-



tría, y en el desorden de unas cuartillas en blanco. Cuando el humo del cigarrillo descendía en últimas voleadas, Andrés, con expresión tranquila, se dejaba en el sillón. Parecía satisfecho de su soledad. La calle y el trabajo eran medios para encontrar, al fin, la puerta de su casa, su domicilio. Un día, le interrogaron para cumplimentar el censo, en riguroso orden de vecindad; el trámite le contrarió: se consideraba habitante clandestino, oculto tras el tiempo, para vivir un presente iniciado cada día. El encuentro con la ciudad, en sus plazas y edificios, en el caminar apresurado de las muchachas, encerraba, ante sus ojos, la luminosa opacidad que abarca pasado y presente, como continuado retorno de imposible determinación.

El medio día transcurría silencioso. Los vecinos cesaban en sus ruidos, y el patio de luces ofrecía un esqueleto húmedo. A esa hora, las gentes se agrupaban en las zonas interiores de las casas, alrededor de la mesa familiar. Andrés, con los ojos cerrados, aferrado a la quietud, se sobresaltó al oír gritos. Intentaba ponerse en pie, cuando violentos chasquidos de cristales, le impulsaron a saltar hasta el centro de la habitación. La cara le abrasaba; al palparse la mejilla, comprobó que estaba manchada de sangre. Del patio llegaron voces desgarradas. Alguien pregonó el suceso: "Lourdes... Allí abajo; se ha arrojado". Andrés se sentó de nuevo, sin percatarse de los diminutos cristales incrustados en la tapicería del sillón. Allí permaneció horas, recordando el encuentro con Lourdes en el ascensor. Fue en este breve viaje donde comprobó que la muchacha había perdido su frescura, y le miraba con ojos incisivos, casi acusadores. ¿De qué le culpaba? No había cruzado con ella más que siete palabras en los años; sin embargo, el aviso en los cristales, que había precedido al final trágico, le denunciaba. Trató de desechar estas ideas, cuyos supuestos le atemorizaban.

Comentarios y ruidos cesaron. El atardecer inundó el cuarto, y Andrés sintió sensación de vacío, la misma que experimentaba después de una noche de insomnio. Instalado en su mesa de trabajo escribía: La muchacha que murió dos veces.

Aquella mañana de otoño, el camino hacia la oficina le pareció más largo que de costumbre. Los vendedores ambulantes colocaban sus mercancías sobre telas de colores vivos. Junto a la puerta de unos grandes almacenes, el listado de todos los días preparaba sus adminículos. Unos minutos más, a buen paso, y Andrés llegaría a la terminal de su recorrido. Llevaba años en un trabajo que le resultaba ajeno, sólo traducible en números y proyectos. Quizás hubiera sido un buen artesano: enredadas las manos y suelta la



cabeza. Tras los primeros saludos le entregaron un telegrama, que leyó repetidas veces antes de romperlo. Transcurría la jornada entre las ocupaciones habituales de llamadas y consultas, interrumpidas al aparecer Esteban, su colaborador, y le mostró otro telegrama que le habían dirigido a él. Andrés leyó e intentó tranquilizar a su compañero: "Si, como dicen, han colocado ya el artefacto, no podemos hacer otra cosa que cerrar la puerta". Esteban salió del despacho sin disimular su disgusto por el comentario; sin embargo, para Andrés, los temores se habían desvanecido: dos telegramas con el mismo texto, dirigidos a personas tan cercanas entre sí, demostraban que el autor no se encontraba lejos. Quiso olvidar, y abandonó el despacho para llegar cuanto antes al restaurante. No solía elaborar planes previos, se dejaba arrastrar por la necesidad. En las puertas del establecimiento, un letrero, con deficiente caligrafía, anunciaba: "Cerrado por luto". El incidente le contrarió. Comenzaba a llover; el viento arrastraba, hasta los pies del hombre, las hojas empolvadas que caían de los árboles. Ventiscas en direcciones cruzadas, le cegaron momentaneamente. Envuelto, como estaba, en lluvia polvorienta, no pudo distinguir a la persona que le saludaba desde un coche en marcha. Cuando el vendedor de periódicos le invitó a resguardarse en el kiosco, sus ropas estaban empapadas.

De madrugada, la caída de una gota de agua sobre el lavabo inquietó a Andrés, que no hizo nada por evitarlo, a pesar de la incomodidad que suponía la espera inmediata y sucesiva del agua. Trató de desviar su atención repasando los sucesos del día, las peripecias de Un hombre en el otoño. Cuando el cansancio le rindió, las luces del amanecer penetraban a través de la ventana e inesperadamente, sonó la alarma del despertador, que le incitó a incorporarse, con dificultad, atezado por un fuerte dolor de cabeza. En el cuarto de baño, los intentos para cerrar la llave del grifo fueron inútiles. Quejoso de su incapacidad, se vistió apresuradamente, y salió hacia la cafetería más cercana, arrastrando el cansancio de la noche. En la bocacalle que da vistas a la Plaza Vieja, un transeunte le abordó para pedirle tabaco; al alargar la cajetilla, detuvo su mirada en el hombre, que se alejó murmurando.

Las puertas de la cafetería Remo, abiertas de par en par, le invitaron a entrar. Uno de los muchachos que servían, repasaba con la mirada a los clientes, finalmente se decidió: ¿Se apellida usted Serra? Andrés se extrañó de la pregunta, pero prefirió no indagar y atendió al empleado, que le anunciaba una llamada telefónica. Después de recibir el mensaje salió a la calle.



La persona que le perseguía, desde el otro lado del hilo telefónico, debía estar cerca, tal vez en la cabina más próxima a la cafetería. Sin conseguir datos que facilitaran su información, entró de nuevo en el establecimiento. Trataba de considerar los hechos del día anterior, sin encontrar razones para semejante persecución. Durante instantes, su rostro se iluminó, y la servilleta de papel -apareció marcada por gruesos trazos de rotulador, donde podía leerse: Anónimos en veinticuatro horas.

Aquel día, las calles engalanadas preparaban la llegada de un personaje. Parte de la población se concentró en la Avenida, dispuesta a participar en el improvisado festejo. Los altavoces anunciaron la inmediata aparición del huésped, precedida por instantes de expectación. Andrés intentaba abrirse paso, pero ya era tarde, la multitud le balanceaba hacia uno y otro lado. Sobre su cabeza, los aplausos de los espectadores, acompañados por gritos de bienvenida, parecían aplastarle. Trató de avanzar, sin conseguir desasirse de los cuerpos, hasta que finalizó el paso de la comitiva. Al preguntar quién era el personaje, no obtuvo respuesta. La calle ofrecía sus caminos habituales, y el hombre se alejó de prisa, como si le esperaran en cualquier parte.

